

Cómo salvar al liberalismo del naufragio: la moderación como fin en sí mismo

Aurelian Craiutu. *Why Not Moderation? Letters to Young Radicals*. Cambridge University Press, Cambridge, 2024, xiii + 261 pp.

Santiago Argüello

CONICET CCT-Mendoza INCIHUSA (Argentina)

Universidad de Mendoza (Argentina)

Aurelian Craiutu es Profesor de Filosofía política en la Universidad de Indiana, en Bloomington, y ha editado en inglés a François Guizot, Mme. de Staël y Alexis de Tocqueville, además de haber escrito varios trabajos en torno a ellos. El libro que ahora presentamos es un intento original de discutir la vigencia u obsolescencia del liberalismo en nuestros días, centrando la discusión en la cuestión de la ‘moderación’. Él ya había dedicado dos obras en torno a este tema, *A Virtue for Courageous Minds: Moderation in French Political Thought, 1748-1830* (2012) y *Faces of Moderation: The Art of Balance in an Age of Extremes* (2017); pero en este caso se trata de un ensayo (*trade book*) dirigido a una audiencia más vasta que en los casos anteriores. Aquí, el *modo* de presentar la discusión –sea que se lo considere un ‘método’, un ‘estilo’, o bien una combinación de ambos– podría decirse que es más *existencial*, y especialmente dirigido a la gente joven. El autor traduce de forma bastante vívida lo que el ejercicio académico mismo supone en la vida de un profesor universitario a la hora de desarrollar la discusión de sus ideas –objeto particular de su quehacer–, mediante la combinación de diálogos y cartas con dos estudiantes.

Ya de entrada el libro nos ubica en el diálogo imaginario que un profesor tiene con esos dos alumnos, tras haber dado una conferencia acerca de los desafíos que presenta hoy en día la democracia liberal. Para los propósitos pedagógicos de ensalzar la ‘moderación’ como mejor forma de comprender y practicar esa democracia, las posiciones filosófico-políticas detentadas por dichos estudiantes, se caracterizan precisamente como las opuestas *in extremis* en relación al liberalismo: Lauren es una “socialista comprometida, educada en una familia de Brooklyn de tradición humanista ilustrada”, y, como

no podía ser de otro modo, una “ávida lectora de revistas de orientación de izquierda como *The Jacobin*, *In These Times* y *n+1*” (p. 9). Por su parte, Rob es un muchacho educado “en una familia católica del Medio-Oeste superior [región de Iowa, Michigan, Minnesota y Wisconsin], abocado enteramente a la defensa de valores familiares tradicionales”. En este sentido, “es un fiel votante conservador y ávido lector de *First Things*, *The Claremont Review of Books* y *The American Mind*” (p. 9). De este modo, la posición del profesor protagonista, que a lo largo del libro habla en primera persona y ostenta la posición de árbitro entre las predichas posturas extremas, es la misma que la del autor. Tras los pasos de Tocqueville, esta posición pretende ser no ya la de un mero ‘tercero en discordia’ (mediador de la disputa o desacuerdo entre dos partes), sino la de alguien capaz de llevar la discusión más allá de los términos establecidos por las partes: “bien entendida, la moderación es mucho más que la proverbial *aurea mediocritas* entre los extremos” (p. 2). Por eso se postula que esa conciliación sólo podría llevarse cabo exitosamente en caso de contar con un horizonte de futuro; pues, de estar apegado exclusivamente al presente, sería imposible no quedar atascado en el enfrentamiento de la lógica binaria (cfr. epígrafe inicial del libro y p. 3).

El libro se divide en cinco partes, además de un prólogo y un decálogo para moderados radicales a modo de epílogo (ver pp. 214-218). La primera y la última abren y cierran la cuestión de la moderación atendiendo a la *existencia* actual de la misma. Pues si en primer lugar se hace un diagnóstico de la situación del liberalismo en nuestros días, en último término se observa la perentoriedad de la moderación para salvarlo de su extinción. El centro de la argumentación –que va de la segunda a la cuarta parte– atañe a la *esencia* de la moderación como virtud y *ethos*, haciendo especial foco en su aspecto político más que meramente moral.

El punto de partida aporético de la argumentación consiste en prestar atención al hecho de que “para un número sorprendentemente alto de jóvenes, hoy en día la democracia liberal es más que nada una cosa del pasado”, por lo que se necesitaría contar con “un horizonte político enteramente nuevo, más allá de la vieja democracia liberal” (p. 10). Entonces, el Profesor anticipa de inmediato: “comparto vuestra inquietud y desasosiego, aun cuando rechace la solución que atisbáis para afrontar el problema” (p. 10).

De esta manera, Craiutu (pp. 13-25) sale al ruedo dispuesto a tirar todo el arsenal de la tradición liberal que considera vigente: pluralismo en la concepción acerca de la vida buena, esto es, la existencia de varias filosofías/ideologías políticas que compitan entre ellas; un firme compromiso con la libertad e igualdad cívica, por medio de instituciones propias de un Estado de derecho, el cual sea capaz también de proveer un marco adecuado para tolerar minorías y albergar disidentes; rechazo al ejercicio coercitivo de la autoridad. En suma,

promoción de todo aquello de real valía para obtener una visión política lo más humana posible, que tenga en cuenta el desarrollo de los sentimientos morales y permita a la gente perseguir sus propios proyectos de vida al margen de estructuras arbitrarias que atenten contra las naturales capacidades y méritos.

La originalidad de su estrategia, por la que busca tonificar la tradición liberal, reside en condensar todos esos rasgos a la luz de la idea de ‘moderación’. ¿Qué entiende el autor por este término y por qué lo considera tan importante, al punto de dedicarle el presente libro, tercero en su cuenta personal? En un comentario que el mismo autor ha hecho sobre este libro, sostiene que “para hacer justicia al concepto de ‘moderación’, uno debería prestar atención a sinónimos suyos tales como ‘prudencia’, ‘civismo’, ‘modestia’, ‘vía media’, ‘acuerdo mutuo’ y ‘transigencia’, así como a antónimos suyos tales como ‘radicalismo’, ‘extremismo’, ‘fanatismo’ o ‘exceso de celo’” (“Roundtable: Aurelian Craiutu Responds to His Critics”, 23 October 2024; <https://tocqueville21.com/books/roundtable-aurelian-craiutu-responds-to-his-critics/>). De allí la atención que debe prestarse a ese “*link* estrecho entre moderación y diálogo” (p. xii; ver 135-42).

Craiutu considera imprescindible atender al coraje de la moderación como “un signo y fuente de fortaleza y lucidez” (p. 1), esto es, a su ‘radicalismo’ o ‘inconformismo’ (cfr. p. 1), en el sentido del ir al fondo o raíz de las cuestiones (algo diferente del extremismo’, según aclara en p. 3); lo que conlleva necesariamente el apasionamiento en la defensa de los propios ideales, ejercitando una “virtud que dé pelea” y que sea “vigorosa y atlética” (p. 2; cfr. pp. 10 y 213). A mi juicio, una imagen oportuna de lo que quiere dar a entender Craiutu cuando se refiere a esa fortaleza necesaria para practicar la moderación, es la de Ulises atado al mástil: para no sucumbir a los extremos, se necesita la fortaleza de renovar constantemente el deseo de mantenerse a raya en el medio. Esto, desde luego, no es pasividad, sino esforzado ejercicio de resistencia: “*Para mantener nuestra manera de ser libres*, deberíamos deshacernos de nuestras burbujas y cajas de resonancia. Nuestra tarea es *redescubrir* lo que nos une más que lo que nos separa. Para lograr esto, estamos obligados a *tener el coraje* de ser eclécticos” (p. 4). He subrayado adrede esas palabras, a fin de captar mejor el significado atribuido por Craiutu al carácter radical, y hasta revolucionario, de su tipo ideal de moderado. Hay en su libro una cierta visión restauradora de los ideales de la democracia norteamericana, que se han perdido y que no podrían recuperarse más que por medio de la moderación. En esto, la postura de Craiutu se asemeja a la de Chesterton:

todo conservadurismo se basa en la idea de que si dejas las cosas en paz, entonces las dejas tales como son. Pero esto no es cierto. Pues si se las deja en paz, se las abandona a un torrente de alteraciones. Si dejas en paz a un poste blanco, pronto se convertirá en un poste negro. Si lo deseas especialmente

blanco, siempre tendrás que estar pintándolo de nuevo; es decir, siempre estarás haciendo una *revolución*. En suma, si quieres el viejo poste blanco, deberás tener un poste blanco nuevo. Y esto que es verdad en relación a las cosas inanimadas, es en un sentido bastante más especial y terrible verdad de todas las cosas humanas. Se requiere realmente una vigilancia casi forzada por parte del ciudadano a causa de la horrible rapidez con que las instituciones humanas envejecen (*Orthodoxy*, cap. 7).

En otras palabras, si el hombre sufre constantemente una tendencia a caerse hacia alguno de los extremos, ambos autores concuerdan en que es el ejercicio permanente para sobreponerse a esa tendencia decadente o corruptora, aquello que le posibilitaría recuperar una y otra vez la sensatez de la cual tiende sin cesar a separarse. En este sentido, la moderación liberal no busca crear un ‘hombre nuevo’, sino más bien depurar el clásico ‘hombre normal’, quitándole constantemente las adherencias artificiales –extremistas– que se le van pegando de modo inconveniente a lo largo de la historia. En el caso presente, esa normalidad está representada por el clásico demócrata que tenían en mente los *Founding Fathers* y que, mal que mal, tuvo algunos momentos de esplendor en la historia política.

Ahora bien, en un intento de comprensión acerca de aquel desencanto actual para con el liberalismo –sobre todo expresado por parte de la gente joven–, e intentando ahondar en ciertas debilidades suyas, a mi juicio cabe preguntar si, al apelarse a la ‘moderación’ como caracterización esencial del liberalismo, no se estaría echando mano más bien de un criterio eminentemente *formal*, el cual debería verse ineludiblemente al servicio de un determinado *contenido* sustancial. ¿De qué modo, pues, la moderación sería de suyo capaz de proveernos “un compás por demás necesario mientras navegamos con ansias mares oscuros y borrascosos hacia un desconocido puerto” (p. 5)? Ciertamente, la moderación de Ulises para resistir a la tentación de las sirenas no tenía por finalidad la resistencia misma, sino seguir viaje y regresar a casa: *ser moderado* no era para él un fin en sí mismo. La moderación parece ser tan sólo una *forma* susceptible de ser aplicable a algo, esto es, a una *materia*, que pasa a ser la cosa moderada. La figura de Lincoln tratada en las pp. 54-56, es elocuente al respecto. En ella lo que aparece de manera primordial es esa fijación que tuvo él para alcanzar la Unión de la nación. Fue su obsesión por ese fin –como si se tratara de una estrella fija en el firmamento–, lo que le permitió ir logrando luego la abolición de la esclavitud de forma gradual y moderada, “navegando entre el abolicionismo radical y la doctrina radical de los derechos estatales” (p. 54). Si “Lincoln aborrecía la esclavitud, considerándola siempre un mal absoluto” (p. 54), no por ello, sin embargo, dejó de atender constantemente a la importancia de manejar el tiempo con paciencia a fin de conseguir su objetivo. Y este prudente proceder contrasta a todas luces con aquellos que, abrazando

el maniqueísmo y el puritanismo político, logran anotarse tan sólo triunfos a corto plazo, tal como sucediera con los jacobinos franceses (cfr. pp. 101-102).

El problema de la política en particular, y de la razón práctica en general, no es principalmente el de los *medios* –la moderación, en este caso–, sino el de la meta o *fin*, que en el caso presente no es sino la vivencia de la democracia liberal. Ahora bien, de reducirse esta a puro procedimiento, entonces difícilmente podría mover a la actuación en vistas de su consecución. Si se pretendiera con Rawls evitar cualquier afirmación filosófica comprensiva del hombre en referencia a la sociedad política, estaría entonces vedado poner en discusión pública los principios y valores que resultan máspreciados a los hombres, incluidos los de la democracia liberal. Cuando Craiutu expresa que los moderados buscan “restaurar un balance frágil entre principios y valores rivales: libertad e igualdad, justicia y eficiencia, libertad y orden, regulación y desregulación, centralización y descentralización” (“Roundtable: Aurelian Craiutu Responds”), la cuestión está en determinar si la prudencia puede considerarse la inteligencia última, incluso en el ámbito de la *pólis*. Y es el mismo Craiutu quien se presta a reconocer de inmediato que una prudente moderación se subordina naturalmente a la radicalidad, cuando lo que está en juego son valores y principios fundacionales: “cuando están en juego normas y cuestiones fundacionales, los moderados no dudan en convertirse defensores radicales de los valores y principios de la sociedad moderna” (*ibid.*), es decir, de todo aquello que constituye el meollo de la democracia liberal. Al respecto son muy instructivas las páginas dedicadas al significado político del *compromise* (*Why Not Moderation*, pp. 105-109), lo que sólo erróneamente podría traducirse como ‘compromiso’, ya que significa ‘acuerdo’ o ‘arreglo’ mutuo, en el que cada parte debe ceder algo para llegar a que el arreglo se efectivice.

Llegados a este punto, me gustaría finalmente considerar con Craiutu si acaso no puede darse un paso de la moderación considerada como medio a ella considerada como fin. Este, pues, es el meollo del libro, y la justificación última del mismo se juega en la validez o no de ese paso. En una interesante crítica hecha recientemente al texto, Behrent ponía justamente en tela de juicio la posibilidad de considerar la moderación como fin, estableciéndola así “como una posición política de pleno derecho” junto a las tradicionales posiciones de izquierda o derecha, conservadora o radical, políticamente tan sustancial como cualquiera de ellas (“Roundtable on Aurelian Craiutu’s *Why Not Moderation* – Michael Behrent, 19 October 2024”; <https://tocqueville21.com/books/roundtable-on-aurelian-craiutus-why-not-moderation-michael-behrent/>). De nuevo, esta crítica contemplaba el carácter exclusivamente transitivo de la moderación: la moderación “tiene que contar con un *objeto*. Tiene que moderar algo” (*ibid.*). En este sentido, la moderación se muestra necesaria “cuando las pasiones amenazan con hacer de la política algo disfuncional y destructivo.

Esta es la razón por la que no puede ser una posición política alternativa junto a las otras. La moderación tiene una relación transversal con la política: no es una opción más a la hora de votar, sino una especie de primeros auxilios de la política –un conjunto de maniobras y tácticas a seguir cuando arrecian los extremismos y la supervivencia de la política zozobra” (*ibid.*).

Sin embargo, a mi juicio hay dos salvedades en relación a la predicha apreciación de Behrent. En primer lugar –tal como pusiera lúcidamente de relieve Chesterton, esta vez en *What's Wrong with the World*–, conforme a la tradición política liberal, en el orden ético-político es fácil ponerse de acuerdo en torno a lo que está mal en nuestro mundo, siendo en cambio relativamente difícil ponerse de acuerdo en el remedio a aplicar: si uno de derecha o bien uno de izquierda; si uno conservador o bien uno progresista; etc. Con todo, hoy en día parece no estar claro de entrada siquiera el diagnóstico mismo sobre el mal; por lo que llegar a determinarlo, por parte de las diversas facciones en pugna, parece haberse convertido ello mismo en un fin. Así, si anteriormente todo el mundo veía con malos ojos la excentricidad y el fanatismo, siendo tan sólo debatible la lateralidad en la definición de la solución –sin romper jamás el marco del juego político–, hoy en día puede que el tipo raro haya pasado a ser el moderado mismo. Puede que ya no esté tan mal agredir al adversario. Puede incluso que se vea mal no agredirlo. Por eso, aclarar en qué consiste ser moderado, desempolvarlo, como se desempolva una antiguala, quizás haya pasado a ser no sólo una tarea imprescindible, sino una tarea ardua, digna de un libro como el que estamos examinando. En este sentido, si clásicamente siempre había una *causa* por la que una comunidad política quería ser moderada, hoy en día se revela cada vez más urgente y perentorio plantarse y decir: «no importa para qué (eso ya lo veremos luego); lo que necesitamos ante todo es no perder la compostura y que todo se vaya al diablo». Ciertamente, este modo de considerar la moderación como fin, diríase que es circunstancial. Con todo, hay otro modo de hacerlo, el cual es sustancial. Y para ello debo remitirme antes que nada a Aristóteles y su apología de la preponderancia política de la clase media expuesta en *Política* IV, 11.

A juicio del Estagirita, si el régimen (*politeía*) es una cierta forma de vida de la ciudad, entonces también en política la virtud ha de buscarse en el término medio. Ahora bien, la consideración aristotélica de la moderación *política* está indisolublemente unida a la moderación ética y la prevalencia *social* de la clase media. Craiutu, de hecho, da gran importancia a los aspectos político-institucionales de la moderación, remitiendo al *Espíritu de las leyes* de Montesquieu y los *Federalist Papers*, reconociendo a la vez que le ha quedado pendiente explorar mejor sus factores socioeconómicos. A mi juicio, no vendría mal empezar a hacerlo a partir de Aristóteles (Craiutu no desatiende

la enseñanza del griego, pero sólo remite a *Ética a Nicómaco*, no a *Política*). Pues a la hora de analizar la estabilidad política de una sociedad, el Estagirita se focaliza principalmente en la forma en que el término medio ciudadano ha de traducirse concretamente en la posesión y goce moderados de bienes materiales:

puesto que se reconoce que lo moderado y lo intermedio es lo mejor, es evidente que también la posesión moderada de los bienes de la fortuna es la mejor de todas, pues es la que más fácil obedece a la razón. En cambio, el exceso de belleza, de fuerza, de nobleza, o de riqueza, o lo contrario a estos, a saber, lo muy pobre, lo muy débil y lo muy indigno o despreciable, difícilmente sigue a la razón (*Política* IV, 11).

Aristóteles no niega la existencia de facciones en la sociedad y el potencial conflicto que se sigue de ello. Conciliar los diversos elementos sociales significa poner la vivencia de la libertad al alcance efectivo de todos los ciudadanos; lo cual debe darse no sólo de forma política –según la igualdad de derechos cívicos–, sino también de manera social y ética. Estas dos últimas facetas implican, por un lado, cierta capacidad de propiedad y bienestar material, y, por el otro, moderación de espíritu. Según Aristóteles, esto daría por resultado una cierta semejanza entre todos los ciudadanos que integran la *pólis*, es decir, una *isonomía* (lo que no sólo denota igualdad política sino también igualdad en la distribución y la participación de bienes sociales, incluidos los materiales). Ciertamente, para Aristóteles no se trata de pujar por una mera igualación, sino por el establecimiento de un término medio en la posesión de esos bienes; y más todavía, por educar en la moderación de los deseos y ambiciones, de tal modo que la gente se aleje tanto del lujo como de la miseria. Mientras el objetivo de la *igualación* es reducir diferencias entre los componentes buscando su equiparación –lo que podría darse incluso en un exceso ya del despilfarro, ya de la miseria–, en cambio, intentar *dar con el término medio* social, esto es, crear una fuerte clase media (*τὸ μέσον*), esa sí es, según Aristóteles, la solución para que la *politeía* se haga realidad. Desde luego, esto no anularía la diversidad social, pues no se busca la equiparación social de todos. Ahora bien, si siempre quedarán algunos siendo ricos y otros pobres, lo que prevalecería sería el ciudadano medio. Y “esta clase de ciudadano es la que especialmente perdura en las ciudades” (*Política* IV, 11). En suma, el régimen donde prima la clase media como su elemento social principal, es el régimen más pacífico o amistoso, y el más estable o duradero. Porque es con la clase media cuando se facilita la existencia de “una mayoría de iguales y semejantes”. Es decir, una comunidad política constituida medularmente por la clase media evitaría la tiranía derivada tanto de la “democracia extrema o radical”, cuanto de la “oligarquía pura” (*Política* IV, 11). Al no tener fuerza las facciones extremas,

la sociedad quedaría a salvo de esa división maniquea entre la gente de bien y la gente perjura –según el sueño de Robiesperre (ver p. 96).

En síntesis, eso de sustancializar políticamente la moderación (a lo que la crítica de Behrent ponía reparos aparentemente insalvables), ya se ve que, desde la perspectiva de Aristóteles y su apología del gobierno de la clase media, parece algo no sólo válido, sino algo enteramente necesario. Salvo que, en el caso del griego, el análisis se desplaza desde el ámbito estrictamente político al social y ético. Desde luego, la objeción de Behrent apunta a esa vieja advertencia de que si uno quiere seguir siendo humano, no hay más remedio que tomar partido, siendo el centro aquella sagrada tierra de nadie –como postulara la poesía política de Solón de Atenas–, espacio medio entre dos ejércitos (*metaíchmion*, *no man's land*). Y por eso, no deja de resultar osado la propuesta de Craiutu de postular el medio como algo con contenido material y político-terrenal: “el ‘centro vital’ no tiene que depender exclusivamente de lo que ocurre en los extremos, sino que puede ser consecuencia de su propia lógica” (p. 125). En cualquier caso, la posibilidad de abrazar ese “centro vital” (*vital center*, expresión que se remonta al título del libro de Schlesinger Jr. de 1949), se inscribe en la más genuina tradición de Aristóteles, el primero que se las ingenió para humanizar la sacralidad de la tierra de nadie. Invitación ciertamente exigente, no para gente pusilánime: una virtud sólo para sujetos corajudos (*a difficult virtue only for courageous minds*, p. 213).

La novedad de la reflexión de Craiutu respecto de aquella postulación fundamental de Aristóteles, consiste en su original caracterización ético-política, y hasta psicológica, del moderado, a partir de figuras de política práctica como Lincoln, u otras mixtas de pensamiento y acción como Saul Alinsky o el Marqués de Halifax. De este modo, el análisis sobre la moderación consigue atravesar una diversidad tal de modulaciones –desde la oposición al fanatismo hasta la apuesta por la compensación (*trimming*)– que, al detenerse en una gama tan rica de matices diversos, resulta en una ilustración del fenómeno del todo singular e inédita.

Me gustaría finalizar con un interrogante en relación al aludido carácter sagrado de la moderación y el centro: enunciar que “nadie tiene la última palabra” e inmediatamente a continuación afirmar que “la verdad en gran medida es cuestión de combinar y reconciliar opuestos” (p. 134), resultaría contradictorio a menos que a esa verdad se la considere como revestida de un carácter sobrehumano que justamente “nadie”, ningún ser político, tiene como tal. Y esto porque el ser humano en tanto político no puede realmente desprenderse de su condición partidaria (cfr. pp. 183-84 y 187). De esta forma, la política concebida como algo no sólo propio de la facción sino también con capacidad para habitar un núcleo reconciliador, no podría

menos que ser una política en contacto de alguna forma con la religión. Dicho de otra forma, no podría realmente sacralizarse el medio, a no ser que se tenga alguna noción de lo sagrado, y que esta noción no sea algo meramente privado sino público.

